

2020 VIERNES SANTO

HOMILIA EN LA CELEBRACION DE LA PASION DEL SEÑOR

Hemos escuchado la Pasión del Señor. La cruz revela la plenitud de amor de Dios, el poder incontenible de la misericordia del Padre, por lo que, ante el Señor crucificado elevaremos nuestra oración pidiendo por las necesidades de la Iglesia y del mundo entero. Dios ha querido pagar un precio altísimo para conquistar el amor de su creatura: la sangre de su Hijo Unigénito.

San Juan en su evangelio nos ha mostrado una “pasión que glorifica”. Reconoce que la pasión es un don. Aunque a primera vista nos parece que la pasión es un fracaso y la resurrección un triunfo que repara la derrota, hay una profunda unión entre ambas, se muestra un único misterio, una relación muy estrecha. San Juan nos presenta no una derrota sino una lucha victoriosa que cumple el designio de Dios. Jesús dice que le reconoceremos cuando sea levantado en la cruz (cf. Jn 8,28), que atraerá entonces a todos hacia él. En su “ascenso” al Calvario comienza ya su “ascensión” hacia Dios porque la pasión le glorifica. Lo anunció en la oración sacerdotal después de la cena y lo repite en el prendimiento: aquí comienza su glorificación. Jesús es “el Rey de los judíos” —como lo dejar claro el letrero clavado en la cruz— Si, es el verdadero Rey que eclipsa a los poderes mundanos (como el cobarde Pilato y los intrigantes judíos) y es el verdadero juez que juzga al mundo. Jesús muestra en todo momento su autoridad —“Yo soy”— y reconoce el don del Padre. Muere por ser Hijo de Dios (sus mismos acusadores lo señalan: “se ha presentado como Hijo de Dios”). Al mismo tiempo, además, es presentado como “el hombre”: “he aquí el hombre”. Ciertamente es el modelo de realización del hombre que llega hasta el extremo del amor.

Con la muerte de Jesús “todo está cumplido”. Ha llevado a cabo las promesas de Dios. Su vida nos da la vida, la comunión con Dios en la vida divina. No hay amor mas grande ni mayor gloria que amar como él. Dios es amor y su gloria es amar. Más aún, al morir, dice el evangelio, “entregó su espíritu”, una forma de sugerir que por medio de su muerte nos ha transmitido el Espíritu Santo, el Espíritu que ha llenado enteramente su vida y su humanidad, que a vivido siempre con él, que ha inspirado su oración intensa y su obediencia perfecta. Pues bien, su muerte obtiene el Espíritu para nosotros.

La muerte de Jesús es fecunda. De su costado brota sangre y agua. Su corazón abierto nos descubre de nuevo un tesoro escondido. La sangre significa el don de la vida y el agua purificadora la liberación por el perdón de los pecados. Todo ello es el signo de la fecundidad espiritual de la muerte de Jesús que llega a nosotros a través de los sacramentos, sobre todo en el agua del bautismo y en la sangre de la eucaristía que renueva definitivamente el corazón humano, que es capaz de purificar el mundo y renovar la humanidad. “Si alguien tiene sed, venga a mi y beba... de lo más profundo de todo aquel que crea en mi brotarán ríos de agua viva” (Jn 7,37-38).

La cruz nos revela un amor indecible y es para nosotros un motivo de amor agradecido. Nunca agradecemos bastante al Señor el don de su amor y su cruz.

Ese ha de ser el primer fruto de esta celebración. En la cruz reconocemos “al que nos ama y nos libero de nuestros pecados con su propia sangre, el que nos ha constituido en reino y nos ha hecho sacerdotes para Dios su Padre” (Ap 1,6). Le hemos costado muy caro. Recordemos siempre que somos cristianos en la medida en que tengamos conciencia de ser perdonados de nuestros pecados (cf. S. Kierkegaard). Dado que somos pecadores e ingratos, estamos llamados al arrepentimiento y la conversión. Invoquemos, pues, a Cristo Redentor, sabiendo que somos redimidos, para que su misericordia nos lleva a una vida nueva.

En presencia de Jesús crucificado contemplemos su corazón. “Mirarán al que traspasaron”. Miremos pues fijamente al Señor, sus palabras, actitudes, y aprendamos su lección. Tomemos en nuestra mano –como nos ha recomendado el Papa— el evangelio y el crucifijo. Aunque nos gustaría a veces que nos resolviera todos los problemas mostrando su poder y que eliminase todo dolor que nos aflige; aunque le recriminemos que permita las desgracias, o le mostremos nuestra indignación por no librarnos de nuestros males; aunque nos gustaría que resolviera inmediatamente todos nuestros problemas y derrotara de golpe a nuestros enemigos,... miremos detenidamente al Señor que da la vida en la cruz por nosotros para aprender con docilidad de discípulos. La cruz es la cátedra de Dios donde nos enseña a tomar sobre nosotros el dolor del mundo. No proyectemos sobre el nuestro deseo de éxito y demás conceptos mundanos, como sucede con los ídolos inventados por nosotros. El no vence por la fuerza, antes bien toma sobre sí nuestro mal, toma sobre sí nuestros pecados. Jesús se ha descubierto en el sacrificio total de si mismo y ha manifestado todo el poder de su amor filial y fraterno que es capaz de transformarnos; ya no podemos defraudarlo. Vivamos “en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mi” (Gal 2,20). El poder de este mundo pasa, mientras que su amor permanece. Sólo su amor guarda nuestra vida porque abraza nuestras fragilidades y las transforma. El, muriendo en la cruz, sanó nuestro pecado con su perdón y, resucitando, hizo de la muerte un paso de vida –una Pascua— que cambia nuestro miedo en confianza y nuestra angustia en esperanza. El crucificado nos dice que Dios puede convertir todo en bien, que sigue a nuestro lado, que sufre con el que sufre y muere con cada uno de aquellos a quienes llama a su presencia desde el cielo para vivir definitivamente con el, para participar de su victoria.

Hemos sido injertados en Cristo por el Misterio Pascual que celebramos. Dice San Pedro: “Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo” (1 Pe 2, 4-5). Descubramos que en su amor está nuestra victoria, que nos hace amar y servir hasta dar la vida, que nos enseña a superar el mal con el bien, que nos abre en la vida el horizonte de la gloria eterna. Amén.